

## CAPÍTULO IV

(1521—1522)

Difícil situación de Cortés. — Peligro de una sublevación de los mexicanos. — Predisposición de las tropas españolas contra su jefe. — Los enemigos de Cortés. — Diego Velázquez. — El obispo Fonseca. — Cómo se gobernaban los negocios de Indias en España. — Llegada de Cristóbal de Tapia á Veracruz. — Dificultades que encuentra para encargarse del gobierno. — Conducta que observan Cortés y sus amigos. — Conspiración en favor de Tapia. — Embárcase éste de nuevo para volver á Santo Domingo. — Vuelve Gonzalo de Sandoval á la conquista de Tuxtepec. — Derrotan los mixes al capitán Briones. — Sumisión de Xaltepec. — Repartición de encomiendas hecha por Sandoval. — Llegada de la expedición á Goatzacoalco. — Fundación de la villa del Espíritu Santo. — Llegada de doña Catalina Xuárez, mujer de Cortés. — Sublevaciones en Goatzacoalco. — Llegada de Juan Bono de Quexo. — Su viaje á Coyoacan y su regreso á las islas.

Difícil era en extremo y comprometida la situación de Cortés en los días que siguieron á la toma de la ciudad de México, y sin la poderosa energía de su voluntad y sin las relevantes dotes de su genio, ni salvado se habría de los peligros que le rodeaban, ni su triunfo hubiera sido más que una afortunada y pasajera aventura, sin consecuencias importantes para España y para el mundo, porque, desapareciendo por cualquier motivo el jefe, fácilmente los naturales del país habrían podido acabar con los españoles, que en corto número y débiles por la división, no tenían fuerza ni prestigio para conservar aquel terreno conquistado, más que por la victoria de sus armas, por la habilidad y astucia de su capitán.

Conspiraciones y sublevaciones de los vencidos, que con poca resignación se veían dominados, y que, después de los primeros momentos de estupor que produjo la prisión de Cuauhtemoc, no pensaban ya sino en reconquistar su libertad; disgusto profundo en los soldados españoles por la poca retribución alcanzada, que sorda y solapadamente atizaban los parciales de Diego Velázquez ansiosos por ver estallar un motín en el ejército; intrigas en la corte del emperador y en el gobierno de España para arrancar á Cortés del mando y sustituirle con un protegido del obispo Fonseca; expediciones armadas en las islas y enviadas al continente con el fin de apoderarse de la mayor parte de las tierras descubiertas y acechar la oportunidad para destruir á Cortés; esto era lo que por todas partes miraba el Conquistador y á lo que á cada instante tenía que atender, contando apenas con un corto número de amigos leales y de partidarios resueltos, pues aun los soldados que desde Cuba le habían acompañado estaban disgustados y

culpábanle cuando menos de haber tomado una mayor parte del botín que la que la justicia le era debida.

Ya las insurrecciones de Tuxtepec, de la provincia del Pánuco y de Huatusco, habían probado que más aparente que real era la sumisión de los mexicanos, y las denuncias se multiplicaban de que las vencidas tropas de Cuauhtemoc intentaban seguir el ejemplo que les daban las guarniciones de los pueblos del mar del Norte.

Por otra parte, los enemigos de Cortés no dormían, y las noticias que llegaban á las islas y á la metrópoli de los avances de la conquista, hacían que redoblase, con el encono de la envidia, la actividad de los que meditaban con la ruina de Cortés apoderarse de la Nueva España y que ponían en juego toda clase de intrigas de fácil y seguro éxito en terreno tan propicio como el que les presentaban en la corte de España los negocios de Indias.

Diego Velázquez, deseoso quizá con harta justicia de vengarse de Cortés, á quien miraba como sublevado á su autoridad, usurpador de su gloria y de su poder, mandatario infiel y desagradecido y hasta vasallo inobediente y peligroso, contaba en su apoyo con el obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, que gobernaba á su antojo los negocios de Indias, porque ocupado Carlos V en sus grandes empresas y guerras en Alemania, dejó todo el peso del gobierno de España al cardenal Adriano de Utrecht, y éste á su vez, todo lo que correspondía á los nuevos países descubiertos y conquistados, al obispo de Burgos, que en alto grado favorecía á Diego Velázquez, según se dijo, porque quería casarle con una su sobrina llamada doña Petronila de Fonseca.

El obispo de Burgos, por estas ú otras razones, cobró á Cortés tan mala voluntad, que no sólo ocultaba al emperador y al cardenal cuanto favorecer podía el crédito del Conquistador, sino que interceptaba las cartas de éste y procuraba impedir que para él salieran refuerzos de gente ó provisiones de caballos, armas, víveres y de cuanto en algún modo podía serle útil ó necesario en sus lejanas y peligrosas expediciones. Además, Fonseca usaba del nombre del rey y suponía falsamente órdenes supremas, como hacen siempre esta clase de validos, para proteger las tentativas de Velázquez contra su enemigo, teniendo á éste

siempre desconfiado y á sus tropas siempre inquietas y en continua zozobra, nada de lo cual llegaba á noticia del emperador ni del cardenal Adriano, como es de suponerse.

No sirvieron para alcanzar escarmiento á Diego Velázquez ni la derrota y prisión de Pánfilo de Narváez, ni los ejemplares castigos que Cortés impuso á los que contra él conspiraron, pretendiendo alzarse ó volver á la isla de Cuba. Constante en el propósito de su venganza, excitado por el despecho y confiando en el obispo de Burgos, multiplicaba, variando sus esfuerzos, los medios para alcanzar el éxito.



Indios tehuanopecanos.—Oaxaca. (Tipo actual)

Poco tiempo después de haber salido de Coyoacan las dos expediciones que Cortés envió á pacificar Tuxtepec y á conquistar Oaxaca, llegó á Veracruz Cristóbal de Tapia, veedor que había sido de las fundiciones de Santo Domingo, despachado por el obispo Fonseca como gobernador de la Nueva España.

Amplias eran las facultades y extensas las instrucciones que traía Tapia y que le fueron enviadas de Castilla, pues venía nombrado para tomar «el gobierno de todas las tierras é islas, que el adelantado Diego Velázquez había descubierto, con jurisdicción civil y criminal, como la tenía el gobernador de Castilla y como podía tenerla el mismo Diego Velázquez,» y además facultad para recibir informaciones sobre la conducta de Cortés, pudiendo prenderle y confiscar sus bienes sin proceder á fallo del proceso, sino enviándole con él á Castilla para que allí se hiciera un saludable ejemplar.

Respecto á Diego Velázquez, preveníase á Tapia

en las instrucciones de su cargo que le acudiese con la parte que por derecho le correspondía, como adelantado y descubridor en todas las tierras conquistadas en Nueva España, cuidando de informar de los descubrimientos de Garay y Ponce de León por el rumbo de la Florida, á fin de que se determinase la parte que pertenecía por allí al mismo Diego Velázquez.

Fácil creyó Tapia el desempeño de la importantsima comisión que, según se alegó después en la corte de España, le había confiado el obispo de Burgos, más que por sus méritos y aptitudes, muy distantes de hacerle acreedor y propio para ello, con la mira de casarle con su sobrina doña Petronila de Fonseca, la que sin duda no pudo colocar con Diego Velázquez y que tampoco tomó estado con Tapia, á pesar de los proyectos que para ello formó el obispo, pues en el proceso que siguió María de Marcayda contra Hernán Cortés, acusándole de haber asesinado á su esposa

doña Catalina Xuárez, hija de la Marcayda, dice uno de los testigos, que poco después de embarcado Cristóbal de Tapia vino Juan Bono de Quexo con despachos del obispo de Burgos, y parece, según se aseguró públicamente, que traía encargo de procurar el casamiento de la sobrina de éste con Hernán Cortés.

La noticia de la llegada de Cristóbal de Tapia causó gran confusión en los ánimos y preparólos á novedades, siempre apetecidas por tropas aventureras y deseadas por pueblos reducidos á la servidumbre, mirando unas y otros en todo cambio una esperanza de medro aquéllas y de salvación éstos.

El primer amigo de Cortés que tuvo conocimiento del desembarco de Tapia, por ser el que más cerca se encontraba del puerto, fué Gonzalo de Sandoval, que andaba ocupado en la pacificación de Tuxtepec y que comprendiendo toda la gravedad del asunto dejó confiada la gente que tenía para esa pacificación á Andrés de Monjarás, y él, con cincuenta hombres escogidos, se encaminó violentamente á la Veracruz, sabedor de que ayuntamiento y vecinos de la ciudad desfallecían en afecto á Cortés y estaban dispuestos ya á recibir á Tapia como tal gobernador.

Cortés, apenas tuvo conocimiento de la llegada de



Indios zapotecas de Ialalá y Filitongo.—Oaxaca. (Tipo actual)

Tapia, llamó á Pedro de Alvarado, á Cristóbal de Olid, que andaba en la conquista de Michoacán y á los principales jefes españoles y personas de respeto, como fray Pedro Melgarejo de Urrea, y tuvieron todos una reunión en la iglesia de Coyoacan, en la cual se acordó que, obedeciéndose las órdenes que traía Tapia, no se cumpliesen apelando al emperador por los trastornos y perjuicios que podían ocasionarse de admitir al nuevo gobernador y entregarle el mando de gente y de tierra que no podía conocer.

Todos estuvieron conformes al pronto en tal resolución; pero ella no podía satisfacer á Julián de Aldrete, el tesorero, y á los demás protegidos del obispo de Burgos y parciales de Diego Velázquez, con los cuales se unieron algunos hombres de espíritu inquieto, y que sin motivo eran enemigos de Cortés, siendo el principal de ellos Cristóbal de Olid, que tramó con Aldrete sublevar á las tropas al llegar Tapia á Texcoco, alonde

suponían que debía ser la entrevista con Cortés, proclamando á Tapia como gobernador, apoyándose en la obediencia que se debía á las órdenes del rey y de sus ministros; y para alentar á Tapia pusieronle cartas que llevó Alonso Ortiz de Zúñiga.

Nada de esto ignoraba Cortés, confirmándose más en la idea de que era peligrosa la entrada de Tapia hasta Coyoacan ó Texcoco, y resuelto como estaba á no entregar el gobierno, envió á Pedro de Alvarado, á Cristóbal Corral, á Francisco Rodríguez, á Diego de Soto, á Diego de Valdenebro, á Juan Rivera, á Jorge de Alvarado y á fray Pedro de Melgarejo al encuentro de Tapia, que salido había ya de Veracruz, con encargo de hacerle volver al puerto y embarcarle.

Cortés, con el objeto de salvar su responsabilidad personal y atribuir la resistencia á los ayuntamientos, hizo que los procuradores de la ciudad y de las villas pobladas por españoles le requiriesen solememente

para que no fuese á encontrar á Cristóbal de Tapia, asentándose en un documento levantado ante un escribano, no sólo el requerimiento, sino las razones en que se apoyaban los procuradores, entre los cuales hábilmente se deslizaron conceptos muy favorables para Cortés <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Dice este curioso documento, otorgado ante el escribano Fernán Sánchez de Aguilar, y testigos Julián de Alderete, tesorero; Alonso de Prado, contador, y Rodrigo Álvarez Chico, veedor, el 12 de diciembre de 1521:

«Escribano que estais presente: dad por testimonio signado con vuestro signo en manera que haga fe, a nos Pedro de Alvarado Alcalde ordinario de la cibdad de Temistlan e a Bernardino Vazquez de Tapia, regidor de la Villa de Veracruz e a Cristóval Corral, Regidor de la Villa de Segura de la Frontera como Procuradores quē somos de la dicha Cibdad e Villas, e dezimos al Señor Hernando Cortes, Capitan General e Xusticia mayor en esta Nueva España del Mar Occeano, por el Emperador e Reyna Nuestros Señores, questa presente, quen nuestra noticia é venido que puede aber ocho ó diez dias, poco mas ó menos que Cristobal de Tapia, Veedor de las fundiciones de la Isla Española por Sus Majestades, es llegado al Puerto de la dicha Villa de la Veracruz, el cual diz que trae ciertas Provincias de Sus Cesareas e Catholicas Magestades, e los Vireyes e Gobernadores Despña en Su Real Nombre para tener e administrar la xusticia e gobernacion destas partes; e que ansi el dicho Veedor lo ha escrito e fecho saber al dicho Señor Capitan General, el qual abemos sabido que quiere ir á la dicha Villa de Veracruz para se hallar presente, para ver la presentacion de las dichas Provincias quel dicho Veedor Tapia dice que trae, para las obedecer como á Cartas e Provincias de sus Reyes y Señores, e las cumplir en todo lo que á su Real Servicio conviniere; e porque si el dicho Señor Capitan General se fuese e dejase estas provincias de alredor de la Laguna, que agora nuevamente con tanta dificultad e peligro e trabaxo se han conquistado e rreducido al servicio de Su Magestad, que son la cabeza e fuerza de todas estas partes, podría ser que con su absencia se alterasen e rrebelasen, como ya teniendola en toda paz e sujecion otra vez lo hicieron, quando por la venida del Armada de Pánfilo de Narvaez, el dicho Señor Capitan General salió de la dicha ciudad de Temistlan, caso que en ella dexó rrecabdo de Capitan e Xusticia; e está claro que demas desto darian ocacion á los naturales para se revelar, no estar agora aqui xuntos todos los españoles que residen en esta Nueva España, porque de poco aca fué necesario quel dicho Señor Capitan General imbiase cuarenta caballos e trescientos peones á conquistar ciertas provincias, cincuenta ó sesenta leguas dentro, los cuales estan e rreciden en ellas por la seguridad e pacificacion desta tierra; e agora quedando aqui la gente que ay, lo uno por ser poca, e la otra por la yda del dicho Señor Capitan General; esta claro e manifiesto que los indios se alzarian e harian la guerra á los españoles, lo cual es notorio que cesara no faciendo mudanza en suidá del dicho Señor Capitan General; lo uno porque los Capitanes e Señores de la tierra le tienen por las muchas osadias e ardidies de guerra que con ellos Su Merced e los españoles de su compaňia an usado e tenido, lo otro por que le aman e quieren por el buen tratamiento e obras e dadivas que de cada dia del resiben, que notoriamente son mas cabos de la pacificacion e sosiego dellos e no la resistencia e ofensa que de los españoles pueden recibir; e porque rrebelandose los dichos naturales se seguiria muy gran deservicio a Sus Magestades, e la tierra que toda esta pacificada e suxeta e tambien los españoles se perderian, lo cual paresie y esta bien claro que sucederia si el dicho Señor Capitan General se fuese al presente destas provincias e poblaciones, ansi por esto como por otras muchas cabosas e razones que podriamos espresar, cuanto mas que nos, los dichos procuradores en nombre de los dichos Cabildos e con su Acuerdo, abemos determinado de ir a la dicha Villa de la Veracruz, en donde el dicho Veedor está, e agora estamos de camino para nos partir e ir á ver presentar las dichas Provincias que dice traer, e las obedecer e cumplir como viaremos ser complidoro al servicio de Sus Catholicas Magestades e bien e utilidad de los pobladores e naturales destas partes, que es el mismo efecto que puede obrar la ida del dicho Señor Capitan General; por ende, en la mexor manera, vía e forma que podemos e de derecho debemos pedimos e rrequerimos al dicho Señor Capitan General de parte de Sus Magestades e como sus vasallos que somos, e en nombre de los dichos Consexos, una, e dos e tres veces e mas quiere de derecho podemos e debemos, que no salga ni vaya desta Cibdad de Cuyuacan e Provincias e poblaciones de la Laguna adonde al presente está, sino que recida e esté en ellas como hasta aqui lo a fecho: entendiendo en la pacificacion e sociego

Entre tanto Gonzalo de Sandoval había procurado persuadir á Tapia de que volviese á Santo Domingo, e interceptar las comunicaciones que podian enviarle los parciales de Velázquez; pero como Tapia se empeñó en emprender la marcha en busca de Cortés, Sandoval creyó prudente acompañarle, y llegaron ambos hasta Jalapa, en donde encontraron á los que con Alvarado venían de Coyoacan.

Alegando la poca comodidad de los alojamientos y la mala calidad y escasez de los víveres, Alvarado y el padre Melgarejo convencieron á Tapia de que debía retroceder hasta Zempoala, llamada entonces Nueva Sevilla, en donde más tranquila y cómodamente podian ocuparse de los graves e importantes negocios de que iban á tratar. Así lo hicieron, y allí se presentaron al nombrado gobernador los procuradores de Cortés y los que en representación venían de los ayuntamientos de las poblaciones españolas de Nueva España.

Supuesto el importante papel que entonces desempeñaban los ayuntamientos, á Cortés le convenía la presencia del mayor número de procuradores municipales, tanto para que Tapia comprendiese el gran prestigio del Conquistador como para anticipar ante el rey la disculpa de la falta de obediencia á las órdenes que en su nombre enviaba el obispo Fonseca. Pero hasta ese día no había más ayuntamientos que el de la Villa Rica

de ellas y en las otras cosas complideras, al servicio de Sus Altezas, con protestacion que facemos que si ansi lo ficiere hará bien, e lo que obligado como leal vasallo e Xusticia e Capitan de Sus Magestades; en otra manera, sin haber el alzamiento ú otros escandalos se recrciere, entre los naturales, sea á su culpa e castigo, e que Sus Altezas e quienes en Su Real Nombre lo obiere de haber, cobrará de su persona e bienes todos los daños, pérdidas e menoscabos que á Sus Magestades y á sus vasallos se recrcieren, por no fazer e cumplir lo que por nosotros pedido e rrequerido, e de como lo dezimos e protestamos pedimos á Vos el dicho escribano nos les deis ansi por testimonio en pública forma con la rrespuesta del dicho Señor Capitan ó sin ella; e á los presentes rogamos sean de ello testigos.

Pedro de Alvarado. — Bernardino Vázquez de Tapia. — Cristóval Corral.»

Firma de Bernardino Vázquez de Tapia.

— La respuesta de Cortés dice:

«Despues de lo susodicho este dicho mes y año susodicho (12 de Diciembre de 1521) el dicho Señor Capitan General rrespondiendo al requerimiento a él fecho dixo: que por quanto las cabosas e razones en él contenidas heran suficientes para dexar la ida á la dicha Villa de la Veracruz e ansi paresce que convenia al servicio de Sus Magestades, e á la paz e sosiego destas dichas partes, que él estaba presto de fazer e cumplir lo que le hera pedido e rrequerido, e que esto daba e dió por su rrespuesta. Testigos los sobredichos. — Hernando Cortés.»

de Veracruz y el de Coyoacan, que se decía de México, pues no es indudable que Segura de la Frontera tuviera ayuntamiento. Cortés, con una gran actividad, hizo que se fundase en esos momentos una villa con el nombre de Medellín, para tener un ayuntamiento y un procurador más, y envió los nombramientos de alcaldes y regidores y el del procurador de esa villa que concurrir debía á la junta de Zempoala, para cuyo cargo fué designado Andrés de Monjarás, el mismo á quien Gonzalo de Sandoval había dejado encargada la gente con que se pacificaba Tuxtepec.

Reuniéronse en Zempoala con Cristóbal de Tapia, Pedro de Alvarado, como procurador del ayuntamiento de

México; Cristóbal Corral por el de Segura de la Frontera ó Tepeaca; Bernardino Vázquez de Tapia por el de la Villa Rica de Veracruz, y Andrés de Monjarás por el de la villa de Medellín, y como procuradores ó representantes de Cortés, Gonzalo de Sandoval, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro Melgarejo de Urrea.

Insistía Tapia en presentarse á Cortés y reclamar la gobernación de la Nueva España; hacíanle presente los procuradores todos los peligros y perturbaciones que de esto se podían originar; urgía él, oponíanse ellos, el uno alegando las órdenes reales, los otros protestando obedecer pero no cumplir los dichos mandamientos, y manifestando apelar ante el emperador. Por fin Tapia,



India zapoteca.—Oaxaca. (Tipo actual)

accediendo mal de su grado, convino en volverse á la Villa Rica para embarcarse; procurando, sin embargo, sacar el mayor provecho de su situación y del empeño de sus adversarios, contrató con los procuradores de Cortés que se le comprarián por éste algunas de las cosas que él había traído de España.

Señaló Tapia precios exorbitantes como era de suponerse; enviáronse correos á Cortés en demanda de oro que tardó poco en llegar, y Tapia vendió un navío, unos negros esclavos y tres caballos.

Volvió Tapia á Veracruz para embarcarse; pero allí, bien porque sintiera abandonar un gobierno al que creía tener tanto derecho; bien, y es lo más probable, por cubrir las apariencias, disimular que había sido cohechado con el pretexto de las ventas, y preparar una vuelta menos vergonzosa á Cuba y Santo Domingo,

fingió nueva y más obstinada resistencia para embarcarse.

No quisieron los amigos de Cortés usar de la fuerza para obligar á Tapia, sin dar antes á la providencia un barniz de legalidad, y como en todos estos casos acontecía, el poder municipal vino en ayuda de sus propósitos.

Era á la sazón alcalde de la Villa Rica Francisco Alvarez Chico, parcial de Cortés y amigo de los procuradores, y de acuerdo con ellos dió orden para que Tapia se embarcara, y de no hacerlo de grado le compelió á ello por la fuerza el alguacil mayor, que era nada menos que Gonzalo de Sandoval, el más leal, el más inteligente y el más osado de los amigos del Conquistador.

Como Tapia podía suplicar de la providencia ante el

mismo alcalde, como era de ordenanza, para privarle de este recurso Francisco Álvarez Chico se ausentó de la ciudad dejando la vara de la justicia en manos del regidor Simón de Cuenca, que no tenía facultades para revocar la orden del alcalde.

Dispuestas así las cosas, Gonzalo de Sandoval entró solo á la casa de Tapia y amenazóle, según éste contó, con matarle en el acto á puñaladas si no se ponía en marcha. Y haciéndole montar en un mal caballo, le llevó hasta el puerto, que era entonces llamado "Archidona" por los españoles, que distaba de la villa cerca de tres leguas, y en donde esperaba el navío que debía volverle á Cuba. Embarcóse Tapia á mediados

de enero de 1522, y como tardara el buque en darse á la vela, Gonzalo de Sandoval, incapaz de dejar á medias una empresa, acostóse en la playa y permaneció allí hasta que el navío se alejó perdiéndose de vista en el Golfo.

Cortés había salvado en este acontecimiento nuevamente su situación personal y la política de Nueva España, y sus enemigos obtenido un nuevo capítulo de acusación que presentar en la corte contra el Conquistador.

Sin duda si Cortés hubiera hecho entrega del mando á Tapia, no habrían faltado panegiristas honrados que presentaran ese rasgo como un modelo de abnegación



Indios zapotecas de Teutila. — Oaxaca. (Tipo actual)

y lealtad; pero Cortés habría ido á perderse en la oscuridad sin llevar consigo ni la gratitud del rey ni la estimación de sus contemporáneos, que desgraciadamente las virtudes de sacrificio tienen poco precio y menos brillo que los esfuerzos de la ambición coronados por éxito feliz.

Sólo Cristóbal de Olid, que en Coyoacan se mostró abiertamente partidario de Tapia, y Gonzalo de Alvarado, hermano de Pedro, que en la Villa Rica siendo alcalde se apresuró á reconocer al nombrado gobernador, cayeron de la gracia de Cortés y sufrieron abandonos y persecución, perdiendo Olid la vara de alcalde y llegando ambos á mirarse en tal pobreza, que según el decir de algunos testigos en la residencia de Cortés, muchos días no tuvieron "ni un pan que llevar á la boca."

Desembarazados ya Cortés y sus amigos de Cristóbal de Tapia, volvió cada uno de ellos á ocuparse de

las conquistas, pacificaciones y poblaciones emprendidas no sin mayores dificultades que antes, porque la natural perturbación causada en los españoles con aquel acontecimiento, divulgóse rápida entre los conquistados, que eran de suyo astutos, y por su situación propendían á rebelarse aprovechando la más ligera oportunidad.

Volvió Sandoval con los suyos á reunirse á los que dejado había en la provincia de Tuxtepec, y comenzó sus operaciones llamando á tratar de paz y amistad á los pueblos que estaban más cerca de allí que eran los mixes y los zapotecas.

Inútiles fueron esas diligencias, porque aquéllos no acudieron al llamamiento del capitán español, y éste, queriendo hacer una tentativa que ni representara todavía una invasión ni de aparato bélico careciera, envió cien españoles y cien aliados de tropas del país con el capitán Briones, hombre que se jactaba de haber

llevado á buen término grandes hazañas en las guerras de Italia; los mixes de Jiltepec esperaron á Briones en terreno á propósito para derrotarle, y lo consiguieron sin gran esfuerzo, haciéndole volver más que de prisa herido y avergonzado á incorporarse con Gonzalo de Sandoval, quien no dejó de burlarse de aquella jornada tan poco conforme con los decantados antecedentes de Briones.

Felizmente para Sandoval ocurrieron entonces á su llamada los caciques y principales señores de Xaltepec presentándose de paz, trayendo como muestra de amistad regalos de alhajas, ropas, telas bordadas y canutos llenos de oro en polvo, y demandando el auxilio

de algunos españoles para ir contra los mixes, con los que los de Xaltepec estaban en guerra.

Bien hubiera deseado Sandoval hacer como aquellos nuevos amigos le pedían, tanto para conquistar la tierra como para vengar la derrota de Briones; pero no le era posible porque de los soldados que en aquella función se encontraron, unos habían muerto y la mayor parte estaban por sus heridas incapaces de empresa alguna. Contentóse, pues, con dar á los de Xaltepec grandes muestras de cariño, obsequiarles con algunas cuantas baratijas de vidrio, y ofrecerles que escribiría á Cortés para que enviase el auxilio pedido.



Indios de Ixtahuaca.— Oaxaca. (Tipo actual)

Sin embargo, con el pretexto de ir á reconocer los caminos y las tierras, envió Sandoval con los de Xaltepec diez españoles, entre los que se contaba el célebre Bernal Díaz del Castillo, los cuales volvieron después de algunos días trayendo gran cantidad de oro en polvo, que sacaron en presencia de ellos los vecinos de aquellos pueblos, lavando la tierra en grandes «bateas» de madera.

Creyó con esto Sandoval haber encontrado lo mejor de la Nueva España, y comenzó de allí y luego á hacer «repartimientos», tomando para sí una provincia, que llamaron Guaspaltec, dando al capitán Luis Marín la de Xaltepec y ofreciendo la de Orizaba á Bernal Díaz, que no quiso recibirla.

Entonces allí, y á la orilla del río que nombraban «de Banderas» los españoles, declaróse el asiento de la villa de Medellín, mandada fundar por Cortés y que

muy pronto por el mismo Cortés debía trasladarse al lugar en que hasta hoy existe.

Convalecientes ya los heridos y enfermos, y satisfechos todos del éxito alcanzado, continuó la expedición de Sandoval sin tener tropiezo ni dificultades, hasta llegar á las fértiles márgenes del hermoso río de Goatzacoalco.

Los pueblos de una y otra banda del río se presentaron de paz y como amigos, proporcionando más de cien canoas para que en ellas atravesasen los españoles y los aliados, y el día de la Pascua del Espíritu Santo, por haber cruzado fácilmente aquel día el río y haber llegado hasta él con felicidad, y encontrando pueblos pacíficos que resignados se sometían, fundóse una villa que debía poblarse por españoles, á la que pusieron por nombre villa del Espíritu Santo.

Bernal Díaz, con su característica buena fe y su

habitual candor, dice al hablar de esa fundación: «y allí «poblamos toda la flor de los caballeros y soldados, que «habíamos salido de México á poblar con el Sandoval, «y el mismo Sandoval y Luis Marín, y un Diego Godoy «y el capitán Francisco de Medina, y Francisco Marmo- «lejo y Francisco de Montes de Oca, y Juan de «Salamanca y Diego de Azamar, y un Mantilla y otro «soldado que se decía Mejía Rapapelo, y Alonzo de «Grado, y el licenciado Ledesma y Luis de Bustamante «y Pedro Castellar y el capitán Briones y yo, y otros «muchos caballeros y personas de calidad, que si los «hubiese aquí de nombrar á todos, es no acabar tan «presto; mas tengan por cierto que solíamos salir á la «plaza á un regocijo e alarde sobre ochenta de á caballo, «que eran más entonces ochenta que ahora quinientos.»

Ciertamente que aquella hubiera sido una de las ciudades más importantes y ricas de la Nueva España; pero muy pronto comenzó á despoblarse, ya porque los repartimientos que se hicieron después á las villas y pueblos de los alrededores, sin atención á lo señalado por Sandoval á la del Espíritu Santo, disgustaron á los vecinos, ya como causa principal por haber salido de allí Gonzalo de Sandoval y regresado á México.

Y fué el motivo de aquella separación el haber llegado procedente de Cuba un navío en el que venía doña Catalina Xuárez, mujer de Hernán Cortés, con su hermano Juan Xuárez y muchas señoras, mujeres y parientes de los conquistadores.

Sandoval con los principales vecinos de la recién fundada villa salió al encuentro de esas damas, que fueron allí muy obsequiadas, y luego él en unión del capitán Briones, de Francisco de Lugo y de algunos otros caballeros las acompañó hasta llegar á México, en donde fueron recibidas con grandes festejos, en tanto que los pueblos que rodeaban la villa del Espíritu Santo se levantaban rebelándose, alentados por la ausencia de Sandoval.

Dió el ejemplo de las sublevaciones Xaltepec; siguieronle los pueblos de Cimatlan y Copilco, y los demás de las encomiendas de los pobladores de Medellín, matando á muchos encomenderos y poniendo á todos los españoles en grave trance.

Esforzábansen los alcaldes y regidores de la villa en sosegar la tierra y conservar lo conquistado y pacificado por Sandoval, haciendo salidas y expediciones contra los sublevados, con lo que iban ya consiguiendo traerlos á la paz, cuando á la sazón aportó allí un navío que venía de la isla de Cuba.

Llegó en ese navío Juan Bono de Quexo, muy conocido de los antiguos compañeros y soldados viejos de Cortés por haber venido á Nueva España en unión de Pánfilo de Narváez.

Era ese Juan Bono vizcaíno, hombre de mar, como le llama Herrera en sus Décadas, amigo de aventuras, avezado en engaños y maldades, de mala fe en sus tratos y de peores antecedentes en su vida como marino y descubridor en el Nuevo Mundo; que en la isla de la Trinidad, en donde eran recibidos de paz y como amigos los españoles, logró con perfidia y engaño encerrar á muchos de los naturales de la isla en una casa que para él estaban ellos construyendo, y armando á los que con él venían en el buque, se arrojó sobre los confiados indígenas matando un gran número y llevándose más como esclavos á venderlos á la isla de San Juan, en donde le hallaron los frailes Jerónimos que venían de gobernadores á las Indias, enviados por el cardenal Jiménez de Cisneros en 1517.

Juan Bono llegó á Medellín y citó á todos los alcaldes y regidores y personas principales, dándoles cartas que para todos ellos traía del obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, y las cuales cartas venían con firmas en blanco, y Bono, por informes que tomó, las llenó según las personas á quienes se dirigía y el objeto que se proponía en cada una de ellas.

Reunidos ya alcaldes y regidores, Bono les encarrió en nombre del obispo, sin escasear promesas y amenazas, la necesidad de ayudar á Cristóbal de Tapia, á quien creía aún en Nueva España, para apoderarse de la gobernación del reino, ponderando lo que en esto por la resistencia de Cortés sería contento hombre tan poderoso como el obispo y servido Su Majestad.

Contestáronle los alcaldes que dicho Cristóbal de Tapia muchos días hacía que era partido para Santo Domingo, y respecto á lo demás no ellos sino Cortés sería quien diera respuesta y satisfacción.

Absorto quedó Bono con tal noticia, y pensando sin duda sacar provecho y medro por otro camino, fuese por mar á la Villa Rica de la Veracruz, y desembarcando allí se encaminó á Coyoacan á hablar con Cortés, á quien se dijo entonces que había ofrecido en matrimonio á la Petronila de Fonseca, y de quien obtuvo todos los gastos de viaje, y sin duda algunas granjerías más, pues no parece que saliera disgustado de su visita al Conquistador, ni su nombre figuró en lo sucesivo entre los encarnizados enemigos de Cortés como figuraron los de Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia.